

PERRO NEGRO

Seudónimo: Yuyito.

A la cancha como a Misa. Catecismo canalla y fe en su papá.

En un principio pensaba que Central era un sólo hombre. Escuchaba los partidos en una silla petisa, a su lado, frente al combinado que tenían en el hall.

El combinado se hizo Spica y ella adolescente.

Un día, él volvió del cardiólogo y su mamá dijo: — De la cancha, olvidate.

En el altillo, ella, comiendo un caramelo azul y otro amarillo; en el comedor, él, con las semillitas. Las cábalas se repitieron hasta su último día.

Hace unos años, ella llegó a ser secretaria de Cultura del Canalla. Así lo honraba.

Fin de semana de por medio, desde el palco oficial, agitaba la credencial al cielo: “Acá estoy. Es para vos, papi.”

Durante la semana gestionaba, generaba. Hasta hubo un Complejo Educativo por abrirse. Notas que escribió en el suplemento auriazul de La Capital. Libros.

Aquel domingo de junio, Central jugaba con independiente y le dieron entradas de favor para repartir. “Serán para los amigos”, pensó. “¡Si pudiese devolverle al viejo la alegría de llevarme por primera vez a un estadio!

Fue justo contra Independiente, él compró las entradas. A comienzo de los sesenta.

Fuimos por separado. Él, en camión, esos que pasaban por los barrios ofreciendo “¡Todos a la cancha!”, una previa a la tribuna. Nosotras en la E.

Entramos por Cordiviola, portón ancho pegado a Regatas. Tribuna de mujeres junto a mi hermana y a mi prima Ana María.

Todo lo descubría. Nada se me escapaba. Banderas de tela, tablones de madera y bravas muchachas. Un alambrado, tipo gallinero, nos separaba de los hombres. Atenta a mi papá que desde el marco de un rombo, de vez en cuando, nos miraba.

Me explotó el primer gol en el pecho, y se me fue a la cara. El primero.

La rompió Menotti.

Sin moverme, saltaba. Me apoyé en una mujer para no caerme, ni se dio cuenta. Me guardé cada canto y tiré todos los papelitos —el día anterior habíamos recortado el diario La capital, me habían quedado las manos entintadas.

Hubo lío, mucho grito. No supe qué pasaba. Se espesó el clima. Encima, cayeron algunas gotas.

Mi papá abrió grande los ojos, puso cara de peligro y agitando la mano —como cuando se hace dedo— nos mandó salir.

En la calle, una ambulancia blanca sin letras cargando a un jugador del Rojo.

— Hacha Brava, Navarro. Lo quebraron— dijo el papi. Nos abrazaba, aliviado por terneros a salvo.

Pizza “La Popular”, compartida. Fría, aceitosa, la mejor que comí en mi vida.

A pie por Avellaneda. Ya en Alberdi mi papá me hizo upa.

Se sentó en las plateas más bajas del Palco Oficial, los amigos a su lado. Más arriba el privado, el presidente.

Tres goles a todo pulmón aunque el equipo no conformaba. Juan Antonio erró un penal. Pino enloqueció. Puteó. Se dio vuelta, sacó pecho, con la mirada desafió a Vesco, escuchó a un costado y de golpe se calmó.

¿A quién había llevado? Un loco. Hasta la pitada final se quedó sentada. Se le cerraron los oídos y no vio nada más. Conversó para adentro. Fue la última en bajar, nadie la vio salir.

La citaron a las quince, ese lunes había reunión de Comisión. Trámite rápido.

— Usted es muy valiosa para el Club pero el Estatuto, en su capítulo tres, inciso d, marca a las claras, que es responsable de las acciones de sus invitados— dijo Rojo.

El presidente se puso de pie, le extendió la mano, “gracias por los servicios prestados”. Ella entregó la credencial, se guardó las emociones.

En la calle, fue ella. Descarnada, levitaba. Había defraudado a su papá. No más saludos desde arriba al más arriba.

Caminó y supo todos los grises de las baldosas. Toda la sangre se le fue al alma. Los pies solos la hicieron aparecer en Oroño y Wheelwright. Se apuró hacia el río.

Entre ella y la baranda, se cruzó un perro enorme. Se le hizo un lobo. La sangre le volvió al cuerpo y se le aceleró el corazón.

Se miraron quietos. Así estuvieron unos instantes. El animal se acercó con mansedumbre y le rozó las manos. Lo reconoció como a su papá y se sintió protegida. Le acarició la cabeza mientras le pedía perdón, le daba las gracias por haber ido y lo invitaba a caminar con ella.

Anocheceía. Atravesaron el parque Norte confiados. El linyera de la pileta estaba tendiendo los trapos para irse a dormir. Una pareja se daba el último beso. Tres pibes en la esquina. Ningún chico.

Doblaron por Rodríguez hasta Salta.

Segura del milagro o del hechizo, lo invitó a cruzar y llegar a su casa pero el animal siguió a otros tres perros y se volvió al río. Hacía el Gigante. Las cuatro torres de luz como Las Tres Marías.